

**LANZAMIENTO DEL LIBRO DE YELITSA
MARCELA FORERO REYES**
*Epifanías de la identidad. La comprensión
multiculturalista de Charles Taylor**

Palabras del P. FABIO RAMÍREZ MUÑOZ, S.J.**

UNA COSA TRISTE que tienen los lanzamientos de libros es precisamente eso: que son lanzamientos, algo como el lanzamiento de un misil o de un inquilino: algo se va, se pierde, se enajena. Y eso sucede porque se cumple la sentencia tan citada de Aristóteles: “en las cosas que además de la actividad hay un producto, éste resulta por naturaleza más valioso que la actividad”. “Por naturaleza”, no porque este producto sea en nuestra intención lo más valioso. Pero esto es, en la actividad humana, un principio fecundo, porque en el producto se condensa para otros la riqueza de la actividad anterior. El trabajo de Marcela Forero en sus años de doctorado en Madrid y Valencia, con la inteligente dirección de Adela Cortina, se condensa en este producto que se lanza hoy.

Pero vayamos al producto, al libro. Ángela Calvo lo presentará desde su propia comprensión del contenido central y de su importancia, y abrirá el diálogo que debe suscitar. Yo quisiera más bien preparar esa comprensión y ese diálogo, hablando brevemente de Charles Taylor mismo, no propiamente de su biografía, o de su carrera académica como profesor, filósofo y escritor. Más bien quiero hablar un poco de cómo su trabajo filosófico y académico ha estado relacionado, más aún vinculado, con su formación personal y su compromiso político. Lo que voy a decir no pretende, por supuesto, dar alguna explicación causal de las posiciones filosóficas de Taylor.

* Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Colección *Anábasis*, Facultad de Filosofía, 2008, 367 pp. ISBN 978-958-716-123-6

** Facultad de Filosofía. Pontificia Universidad Javeriana.

Para entender un poco lo que diré, permítanme hablar un poco y muy esquemáticamente sobre la formación y la composición de la sociedad canadiense. La región occidental del actual Canadá fue colonizada y poblada por Francia entre 1600 y 1750; pasó luego a ser posesión de los británicos, que fueron incorporando y colonizando el resto de lo que hoy es el Canadá. Parte de su población francesa (los acadianos) fue desplazada de su territorio, pero la parte correspondiente a la actual provincia de Quebec mantuvo su identidad de lengua francesa y religión católica, como la mantuvieron también los acadianos. Los quebequenses de lengua francesa desde el siglo XVIII han vivido en una situación de muchas tensiones: frente al dominio inglés, frente a una lengua y a una religión extraña, frente al poder clerical propio (que al mismo tiempo ejerció el papel de centro de cohesión y de control social y religioso), frente a los inmigrantes de distintos orígenes, etc.

Hoy los canadienses de lengua francesa en el Canadá, mayoritariamente católicos, se encuentran principalmente en esa provincia, donde constituyen más del 80% de la población, y en el conjunto del Canadá son alrededor de ocho millones, casi la cuarta parte de la población del país. La provincia de Quebec tiene una autonomía especial, y ha habido en ella un fuerte movimiento separatista, o por lo menos reivindicativo del derecho a sus particularidades culturales. El resto de la población del Canadá, aún los inmigrantes de otros orígenes lingüísticos, es casi totalmente de lengua inglesa. Todo lo cual significa que en Quebec los de lengua francesa son mayoría, pero una minoría en el conjunto del Canadá, y tienen a su vez sus minorías propias: los de lengua inglesa, las naciones aborígenes, los inmigrantes, etc. Esta coexistencia de grupos culturales es más perceptible en la principal ciudad de Quebec y segunda del Canadá, que es Montreal.

Taylor es un canadiense oriundo de Montreal, en la provincia de Quebec, la cual es oficial y mayoritariamente de lengua francesa. Él sin embargo es bilingüe y creció en una familia bilingüe, pues su padre era de lengua inglesa y su madre de lengua francesa. Estudió en la Universidad de MacGill, en Montreal, y en Oxford, y ha sido profesor en Oxford, en MacGill, y en Northwestern University, de Chicago. Esta experiencia vital de intersección de culturas da indudablemente un contenido real a su pensamiento y a sus intereses teóricos y políticos. Pero no solamente eso: esa experiencia vital, su comprensión del multiculturalismo y su análisis de la modernidad respaldan su compromiso político concreto para crear puentes entre posiciones radicales en la política y la vida canadiense. Ha sido miembro activo, pero

no con muchos éxitos electorales, de un partido nacional minoritario, pero influyente, el Nuevo Partido Democrático, de centro izquierda.

Entre 2007 y 2008 Taylor y Gérard Bouchard, historiador y sociólogo, un independentista quebequés moderado, fueron encargados por el primer ministro de Quebec de presentar un informe sobre las relaciones en Quebec de la mayoría con las minorías de la provincia, con propuestas concretas de acción. Su trabajo, que duró más de un año, se denominó “Comisión de consulta sobre las prácticas de acomodación ligadas a las diferencias culturales”, y se refería principalmente a las relaciones con los inmigrantes, en un marco general de relaciones interculturales. El informe final (310 páginas), no exento de controversias, se presentó en mayo pasado. Se titula “Fundar el futuro. El tiempo de la reconciliación”. Este trabajo, me parece, muestra al tiempo lo que representa pasar del libro y la cátedra al compromiso y al riesgo de la arena de la acción política y social. En Taylor este compromiso y este riesgo han sido reales.

Creo que estos breves comentarios sobre la pertenencia de Taylor a un mundo cultural muy concreto y sobre sus compromisos con la superación de las oposiciones culturales de ese mundo, deben suscitar entre nosotros, como lectores y como filósofos, una reflexión sobre la pertinencia de nuestros temas de estudio, sobre nuestra cultura y su relación con la siempre indefinible modernidad, y sobre nuestro propio compromiso social y político. Muchos factores atentan contra la posibilidad de una reflexión serena e ilustrada sobre estos temas, y el menor no es, en el ámbito universitario, la urgencia pragmática de realizar investigaciones a corto plazo que satisfagan criterios establecidos desde ámbitos imposibles de cuestionar.

El libro de Marcela Forero *Epifanías de la identidad. La comprensión multiculturalista de Charles Taylor* nos conduce en forma cuidadosa a través de varios de los temas centrales del pensamiento de Taylor y de sus debates con otros filósofos contemporáneos, pero nos puede y debe conducir también a enriquecer nuestra reflexión y nuestros debates sobre nuestra propia cultura, nuestras identidades, nuestra convivencia y nuestros propios compromisos. Así, este producto que hoy Marcela lanza, lo lanza no como algo que se pierde, sino como una semilla que en su objetivación se vuelve fecunda. Gracias.

Bogotá, marzo 5 de 2009

***EPIFANÍAS DE LA IDENTIDAD. LA COMPRENSIÓN
MULTICULTURALISTA DE CHARLES TAYLOR***

De Yelitsa Marcela Forero Reyes

POR: ÁNGELA CALVO DE SAAVEDRA*

Todos vemos nuestras vidas, y/o el espacio en el que vivimos nuestras vidas, como provisto de una cierta forma moral/espiritual. En algún lugar, en alguna actividad, o condición, se encuentra cierta plenitud, cierta riqueza; es decir, en ese lugar (actividad o condición), la vida es más plena, más rica, más profunda, más valiosa, más admirable, más próxima a lo que debería ser. Este es quizás un lugar de poder: con frecuencia lo experimentamos como un lugar profundamente conmovedor, como inspirador. Tal vez este sentido de plenitud es algo que sólo podemos vislumbrar a lo lejos [...] Pero, a veces, habrá momentos de plenitud experimentada, de alegría y realización, en los que nos sentimos allí.

CHARLES TAYLOR, *A Secular Age*¹

LA INVITACIÓN QUE HE RECIBIDO de la autora del libro para presentarlo ante ustedes, fue cobrando cada vez mayor significado a medida que avanzaba en su lectura e iba dejando transitar mi memoria, y mi imaginación, a través de los tiempos y los espacios que mediaron entre su concepción y su llegada a término —los múltiples hilos narrativos que están sutilmente presentes en su articulación— y hacen de él, no sólo un producto escrito, de innegable calidad académica, sino una historia vivida, un relato de búsqueda, en el que se ve la maduración progresiva de una expresión auténtica de la identidad filosófica.

*Facultad de Filosofía. Pontificia Universidad Javeriana.

¹ TAYLOR, Charles: *A Secular Age*, Cambridge, MA & London: The Belknap Press of Harvard University Press, 2007, 5. [La traducción es mía].

En efecto, la lectura fue suscitando en mí la pasión propia de quien se siente sumergido en un trasfondo común de sentido, en un ámbito genuino de interlocución. Dicho ámbito se encuentra marcado, en su círculo más amplio, por una valoración compartida del intento de escudriñar los matices, las vulnerabilidades y contingencias, los avatares de la racionalidad práctica, entendida no como un concepto, sino como la tortuosa actividad cotidiana de ejercer como agentes morales, es decir, de comprender a cabalidad que en cada instancia de deliberación en cierta forma nos estamos jugando nuestro destino, y ese nosotros, incluye a todos los otros significativos por los cuales vivimos, o dicho de otra manera, a aquellos sin cuya calidad de vida, la nuestra perdería irremediamente horizonte. En este ámbito, en el que tanto Marcela como yo hemos venido trabajando y dialogando por tantos años, sin duda la figura de Charles Taylor marca un hito de significado cada vez mayor en el mundo contemporáneo.

En un círculo más estrecho, aparece un escenario femenino de conversación prolongada, de simpatía recíproca, de respeto y admiración: el vínculo que desde hace ya varios años me liga a quien acompañara a Marcela en el proceso de elaboración de este trabajo, Adela Cortina. Su presencia no sólo filosófica sino personal, estoy segura, fue una fuente inagotable de coraje y entusiasmo por el proyecto en el cual, según su propio testimonio, empeñó su confianza y responsabilidad.

Si estrecho aún más esa esfera de sentido moral a la que se refiere Taylor en el epígrafe que he escogido para esta presentación, aparecen ustedes, esa frágil comunidad que existe para mí más en los afectos y en las ilusiones que en los eventos y dificultades, que persiste cada vez que casi inconscientemente ponemos lo mejor de cada uno en la construcción de un escenario útil y agradable para los estudiantes, para los compañeros, para la facultad y para la universidad. Para muchos de nosotros en este espacio ha transcurrido buena parte de la vida, se han articulado historias decisivas en la trayectoria de nuestra identidad. En cierta forma, nos hemos configurado como lo que somos, configurando esta obra.

Naturalmente, en este juego de círculos concéntricos que he tratado de describir hay constantemente infinitos movimientos, sus límites parecen a veces diluirse, su geografía da lugar a la emergencia de nuevas poblaciones, algunos accidentes se tornan más visibles, las aguas fluyen con diversas intensidades, pero, al mirarlo en perspectiva, como lo hago ahora, es posible reconocer aún un paisaje, en el que se insertan valoraciones fuertes, difíciles

de transmutar. Una de ellas, es para mí —y siento que para Marcela— al unísono con Taylor, la amistad, esa experiencia sutil, constante, de reconocimiento, de mutua confianza y preocupación que, a veces sin que medien acuerdos fundamentales ni complicidades efectivas, hace sentir que, en cualquier circunstancia, podemos contar al menos con la imaginación y la proximidad del otro y, así, sentir la fuerza para seguir avanzando, en últimas, saber que la vida que se vive vale la pena de ser vivida. La invitación de Marcela en esta ocasión, así como el gusto con que la acepté, constituyen signos inequívocos de que se trata de un acontecer de la amistad, que celebro, me honra y agradezco.

Un hilo más que quisiera poner en el complejo tapiz en el que he querido situarme para esta presentación, es que el libro de Marcela inaugura una nueva colección de la facultad: *Anabasis*, dedicada, en principio, a la publicación de nuestras tesis doctorales. Como miembro del Comité de Publicaciones de la facultad, quiero poner de manifiesto el esfuerzo que hemos realizado para configurar la colección, así como el interés de todos en que fuese la tesis de Marcela el primer número publicado. No sólo su experiencia nos servirá a otros de acicate, sino que este evento corresponde a un merecido reconocimiento a su producción filosófica y, simultáneamente, a su persistente y comprometida presencia por muchos años en los proyectos que nos atañen a todos.

Ubicado, creo, el contexto de significación de la obra *Epifanías de la identidad. La comprensión multiculturalista de Charles Taylor*, pasaré en las siguientes líneas a esbozar mi comprensión de su contenido central y de su importancia en las discusiones éticas y políticas contemporáneas. Más que realizar una reseña formal, mi pretensión es motivar el interés de los lectores y virtuales comentaristas, de manera tal que se convierta en un texto vivo, metáfora de nuevos escritos, ocasión de próximos diálogos y debates.

A mi modo de ver, la propuesta novedosa que plantea el texto es la comprensión de la vasta y compleja obra de Taylor como una unidad, que la autora formula como el intento recurrente, articulado desde distintos ángulos, de comprensión de la identidad moderna. Si bien, la modernidad típicamente se ha autodescrito en términos de ilustración, de autonomía individual y creciente racionalización de la comunidad política, Taylor, consciente de la unilateralidad de esta comprensión esencialmente epistemológica, propone

una interpretación cultural de la modernidad que permita acercarse a las diversas fuentes morales de la identidad de los agentes que, interactuando y dialogando, van configurando un horizonte de valor, de sentido, que trasciende los límites de deseos y preferencias particulares. Este camino de apertura, mediante lenguajes más ricos y sutiles, a la complejidad, pluralidad y fragilidad de la persona, es lo que se denomina “lectura epifánica” de la identidad moderna.

En el marco anterior, la formidable actualidad del multiculturalismo, resulta ser una piedra de toque sugerente para revisar las comprensiones filosóficas de la modernidad, en tanto, como puntualiza la autora, “exorbita, lleva más allá de sus límites”, categorías centrales de la filosofía, tales como sujeto, objeto, representación, principios, derechos (Forero 2008: 13). Mirar los presupuestos del debate multicultural implica entonces, examinar las interpretaciones tradicionales de la racionalidad práctica, sus pretensiones cognitivas y normativas.

Aunque es claro que el interés que anima la obra de Taylor es eminentemente ético-político, lúcidamente vislumbra desde sus primeros escritos, que el denominado “malestar de la modernidad”, el extrañamiento de la vida personal y social, tiene su génesis y es en realidad un efecto de resonancia del privilegio de la razón en la imagen de la identidad. El problema radica en que se trata de una razón epistemológica, instrumental, en la cual el yo queda prisionero, en su búsqueda de la vida buena, de las coordenadas limitantes de la representación, es decir, se torna objeto para sí mismo y para el otro, objeto de predicción y control, de disciplina y terapia. Dentro del conjunto de posturas críticas al dominio por parte de la razón teórica — en la figura del conocimiento científico— del conjunto de la vida, lo sugerente del planteamiento de Taylor es la manera como devela la conexión — inaugurada en el *cogito* cartesiano y sedimentada en el sujeto trascendental kantiano— entre esta forma de racionalidad mentalista, que habilita al individuo a tomar distancia de su propia historia, de su dimensión emocional e incluso de su corporeidad y la ficción de un sujeto libre, descontextualizado, desencarnado, invulnerable, incapaz de afrontar su hondura como agente moral. Ese será el hilo conductor de la investigación de Marcela.

Valiéndose de la tradición fenomenológica y hermenéutica, la pretensión de Taylor es acentuar la autonomía de la racionalidad práctica, proponiendo una ontología de la moral o, dicho de otra manera, asumiendo que convertirse en un ser humano demanda una vida examinada, una permanente

autointerpretación en el marco de horizontes de sentido que constituyen el trasfondo, el denso sedimento de evaluaciones y normas, tradición histórica y cultural finita, desde la que emerge todo proyecto de identificación. Esta hermenéutica de sí, puede entenderse como una articulación del yo como agente, motivado por valoraciones fuertes, garantes de una vida buena, que valga la pena de vivirse y de compartirse. Es así como, frente al ideal de autonomía racional de un yo genérico, individuo abstracto, Taylor busca revitalizar un ideal moral, también moderno, el ideal de autenticidad, sintetizado en los siguientes términos:

“Existe cierta forma de ser humano que constituye *mi* propia forma. Estoy destinado a vivir mi vida de esa forma y, no a imitación de la de ningún otro. Pero, con ello se concede nueva importancia al hecho de ser fiel a uno mismo. Si no lo soy pierdo de vista la clave de mi vida y lo que significa ser humano para mí [...]. Ser fiel a uno mismo significa ser fiel a la propia originalidad, y eso es algo que sólo yo puedo enunciar y descubrir. Al enunciarlo, me estoy definiendo a mí mismo” (Taylor 1994: 64-65).

Establecida la ontología moral como fundamento de una política liberal, es preciso dar un paso más en el proyecto, refinar la comprensión del liberalismo, a partir de una crítica a su versión procedimentalista, al privilegio de la pregunta por lo justo sobre la pregunta por lo bueno y a la preferencia por las razones generalizables sobre las diferencias cualitativas. Es clara la confrontación con las interpretaciones causales de la modernidad, las cuales, por su acento en proponer una visión homogénea —bien sea optimista, de progreso, o fatalista, de desencantamiento y desolación— tienen el doble peligro de conducir al etnocentrismo y de enceguecer la mirada a las múltiples modernidades, empobreciendo, en consecuencia, los referentes de sentido para el presente.

En lugar de este tipo de explicación, propone una interpretación cultural y expresivista, que posibilite responder qué hizo sugerente para las personas, habitantes del mundo de la vida cotidiano, el cambio a la identidad moderna. Cultural, pues si nos asumimos como agentes morales, es natural pensar que la motivación surge de las visiones de bien implicadas que, sedimentándose paulatinamente en una serie de prácticas, van suscitando cambios en la autocomprensión de trasfondo, en los imaginarios sociales y en las creencias, tres niveles cuya dinámica relacional produjo la identidad moderna. Tal transformación se articuló en dos revoluciones: la revolución igualitarista o liberal, que modificó los parámetros del reconocimiento y, la revolución expresivista, vinculada a la ética de la autenticidad. Mediante

esta interpretación, Taylor abre el discurso de la identidad, rompe con su circunscripción a la razón representacional, configurándolo en tres ejes, la identidad como horizonte moral, ámbito de valoraciones fuertes, la identidad como apropiación personal ganada en el diálogo prolongado con otros significativos y la identidad de grupo. Aunque Taylor se asume como liberal, en el sentido de propugnar por un Estado democrático como ámbito idóneo para el despliegue de plurales formas de identidad cultural, el matiz peculiar que imprime a su liberalismo es la prioridad genética y jerárquica de la pertenencia a la comunidad cultural como condición de libertad, de manera que a ella se subordina la identidad ciudadana.

A la luz de esta comprensión tayloriana de la identidad moderna, en *Epifanías de la identidad*, la autora, tras reconstruir el origen social del problema multicultural, se propone pensarlo a partir del reto que supone acomodar las distintas culturas que coexisten en las comunidades políticas, sin comprometer los principios políticos liberales. La apuesta es mostrar cómo el multiculturalismo, si bien se visibiliza como un problema político, implica una ineludible dimensión ética, que exige reflexionar acerca de la forma de articular bienes y horizontes de sentido en conflicto.

Si retomamos las tres partes del trabajo que he presentado de manera sintética, la crítica al sujeto epistémico, el carácter moral de la identidad y la reformulación del liberalismo político, emerge el eje de la propuesta política de Taylor: su sospecha frente a la insuficiencia del Estado democrático de derecho, su exigencia de que la sociedad se conforme a partir de plurales versiones de vida buena, es decir, su pretensión de sustantivizar la política, acentuando su raíz moral. Una política genuinamente multicultural, debe partir de la presunción de valor de todas las culturas que han animado la historia y la sociedad durante un largo tiempo, pues hipotéticamente tienen algo que decir a todos, de modo que ellas animarán el diálogo intercultural. En este escenario, una vía posible, multiculturalista, sería la fusión de horizontes gadameriana, capaz de potenciar dimensiones profundas de la identidad, sin que por ello pierda ésta su carácter frágil y abierto. Este camino, se torna plausible, —afirma Marcela— si se refina la hipótesis de Taylor, para dar cabida a culturas minoritarias, débiles, cuya voz ha tenido poca resonancia en la configuración del mundo occidental moderno. Ahondando en este punto problemático, el criterio normativo sugerido por Taylor para la inclusión de culturas en el diálogo, parece depender de un aspecto central de su narrativa de la modernidad, que aparece con claridad en su última obra *A Secular Age*, en la cual la pregunta acerca de los

motivos morales que suscitaron el paso a la identidad moderna, se transforma en la pregunta acerca de cómo fuimos articulando la vida en un marco de referencia estrictamente secular. Entiende por sociedades seculares no sólo, ni prioritariamente, aquellas en las que la religión quedó exilada de la esfera pública, ni en las que las creencias y prácticas religiosas han decaído. Una era secular se define por el “cambio que nos lleva de una sociedad en la que era virtualmente imposible no creer en Dios, a una en la cual, aún para el creyente más incondicional, esta es una posibilidad humana entre otras” (Taylor 2007: 3). Enfatiza que este cambio “titánico” es un “desplazamiento en el trasfondo, en la totalidad del contexto en que experimentamos y buscamos la plenitud” (Taylor 2007: 14). ¿Cabría pensar que, desde este nuevo ángulo del relato de la identidad moderna, se deja ver cierta nostalgia del privilegio que otrora ostentó la cultura cristiana en el horizonte de bienes valiosos?

Dando por descontado el significado de la postura de Taylor para pensar el multiculturalismo y sobre todo, la relevancia que adquiere cuando se arma como una unidad de relato —tarea que Marcela logra de manera nítida—, quisiera plantear dos problemas, de cara a los cuales, a mi juicio, todavía el debate con el liberalismo político procedimental, apoyado más en el derecho que en la moral, no queda saldado. El primero tiene que ver con el espectro de la intersubjetividad, con el abandono por parte de Taylor de la perspectiva universalizable como idea regulativa, cuya asíntota, la posibilidad de una ciudadanía cosmopolita —la cual hoy trasciende las fronteras del territorio llamado Occidente— resulta claramente imposible de fundar moralmente, como acertadamente han señalado Habermas y Rawls. La universalidad a la que se hace referencia no está dada a priori, no es un concepto, es tarea de la política —ámbito de lo posible— esfuerzo siempre renovado de inclusión del otro. El segundo, sugiere la exigencia de introducir juegos de lenguaje como la argumentación en el ámbito del diálogo intercultural; si bien, la fusión de horizontes se articula a través de la comprensión y en la hermenéutica de la conversación, cabe preguntarse si el ejercicio de la razón práctica se agota en la esfera de la articulación y el reconocimiento de identidades culturales. Si así fuera, resultaría difícil pensar que el Estado liberal genuinamente pluralista pudiera legitimarse sin apelar a visiones omnicomprendivas repolíticas, tales como el teísmo cristiano.

Bibliografía

FORERO REYES, YELITSA MARCELA 2008. *Epifanías de la identidad. La comprensión multiculturalista de Charles Taylor*, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

TAYLOR, CHARLES 2007. *A Secular Age*, Cambridge, MA & London: The Belknap Press of Harvard University Press.

TAYLOR, CHARLES 1994. *La ética de la autenticidad*, Barcelona: Paidós.

PALABRAS DE YELITSA MARCELA FORERO REYES

DURANTE MUCHOS AÑOS en mis cursos de filosofía y en los grupos de investigación he tenido la oportunidad de pensar junto con mis estudiantes y colegas el significado de esta vida filosófica en la que nos desenvolvemos y existimos. Como un amor imprescindible y definitivo en relación con el cual no puede haber más que respuestas firmes en cada momento de nuestra historia, con los recursos de los que dispongamos, pero con el coraje de la entrega, la filosofía es sencillamente nuestra vida con otros reflexionada, elegida y amada.

Escribir y publicar, comunicar las ideas, arriesgarse a la interlocución, exponerse a la crítica, a mi juicio encierra una de las experiencias más poderosas de nuestra humanidad. Me acerco con temor al objeto libro y desde el extrañamiento de su forma autónoma voy reconociendo la vida que éste me devuelve, un entramado en el que mi voz tiene un timbre propio, pero en sintonía con el Taylor a quien leo y con la multitud de voces de compañeros, maestros, estudiantes, amigos, familia, ancestros, filósofos y pensadores de todos los tiempos, con quienes el diálogo es vivo y ardiente.

El protagonismo en este encuentro solemne y entrañable no soy yo como autora, sino esta apuesta irrevocable por los ideales de universidad y de sociedad humana. Encontrarnos esta noche para celebrar el acontecimiento de pensar y meditar constituye un acto político de resistencia frente a la banalidad que nos acosa y una experiencia de esperanza frente a la frustración de un mundo en el que la universidad pierde vertiginosamente su libertad y su sentido.

BOGOTÁ, MARZO 5 DE 2009